Balta Lelija

13 de noviembre de 2026
Viernes de la Semana XXXII del Tiempo Ordinario
"Permanecer en la doctrina de Jesús"

2Jn 1,4-9

Señora elegida: Me alegré mucho al encontrar entre tus hijos a quienes viven conforme a la verdad, al mandamiento que recibimos del Padre. Y ahora te ruego –y no te escribo un mandamiento nuevo, sino el que tenemos desde el principio–, que nos amemos unos a otros. Y el amor consiste en que vivamos según sus mandamientos. Éste es el mandamiento que oísteis desde el principio: que caminéis en el amor. Han venido al mundo muchos seductores negando que Jesucristo haya venido en carne mortal. Ése es el Seductor y el Anticristo. Cuidad de vosotros, para no perder el fruto de vuestro trabajo, sino para que recibáis una amplia recompensa. Todo el que se excede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee a Dios. En cambio, el que permanece en la doctrina posee al Padre y al Hijo.

"El que tiene mis mandamientos y los lleva a la práctica, ése es el que me ama" –nos dice el Señor en el Evangelio de San Juan (14,21). Entonces, no se trata en primera instancia de un desbordante sentimiento de amor —aunque también esto sea un bello regalo que no deberíamos despreciar—, sino de vivir en la verdad.

San Juan solo quiere traer a la memoria lo que la comunidad ya sabe, y es el Espíritu Santo quien habla a través de él. Se trata de que se mantengan en lo que oyeron desde el principio... Tengamos presente que es el Espíritu Santo quien nos recuerda todo lo que Jesús dijo e hizo (cf. Jn 14,26).

Como católicos, sabemos bien lo que el Señor quiere de nosotros, ¡y cuánto bien le hace al alma cuando, en las homilías, conferencias u otras ocasiones, se nos trae a la memoria nuestra fe católica! Es como un agua cristalina que brota del Trono del Cordero (cf. Ap 22,1), aunque todo esto ya lo hayamos escuchado muchas veces. Cuando se nos transmiten de forma apropiada los contenidos de nuestra fe católica, el alma respira de nuevo y «se siente en casa» en la verdad. Por el contrario, queda confundida y ensombrecida cuando estas verdades ya no se proclaman con claridad, cuando las ambigüedades e incertidumbres generan neblina, cuando se difunden verdades a medias y errores, cuando ya no se piensa partiendo de Dios, sino del hombre...

Sabemos cuál es la síntesis de los mandamientos que hemos de guardar: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo (cf. Mc 12,30-31). ¡Estas son las pautas para vivir en la verdad!

Ahora bien, el amor de Dios se manifestó de forma especial en la venida de su Hijo al mundo. Por tanto, vivir en el verdadero amor significa corresponder con todo el corazón al amor de Jesús, permanecer en su Palabra, ponerla en práctica y cooperar así en el Reino de Dios, al que todos los hombres están llamados. Quien actúe así será luz en un mundo esclavizado por el pecado y el error (cf. Mt 5,14).

En este sentido, no es de extrañar que aparezcan seductores tratando de oscurecer la verdad del Hijo de Dios que ha venido al mundo. Esto puede suceder de diversas maneras. Se puede negar completamente la venida de Jesucristo en carne mortal, colocarlo al mismo nivel con los profetas y maestros sabios (cf. Mt 16,13-14), despersonalizarlo en el esoterismo, considerarlo un simple benefactor de la humanidad o alguien en cuyo nombre hay que luchar por la liberación política de los oprimidos, entre muchas otras opciones. Todas estas concepciones erróneas tienen algo en común: no reconocen a fondo el amor del Padre, que ha enviado a su Hijo al mundo para su salvación (cf. 1Jn 4,14), y así se pierden el enorme regalo de la fe.

Detrás de este espíritu que bloquea el acceso al verdadero conocimiento del Mesías están el Seductor y el Anticristo, como señala san Juan, advirtiéndonos a continuación de que no perdamos el fruto de nuestro trabajo y de que permanezcamos en la doctrina de Cristo.

¡He aquí una importante conclusión que hemos de sacar! La auténtica doctrina forma parte del verdadero amor y de una vida en la verdad. Precisamente en los tiempos actuales no se puede insistir lo suficiente en ello. Quien no permanece en la doctrina no posee a Dios, nos dice la lectura de hoy.

De aquí se desprende una amonestación para todos los fieles: ¡Aferraos a la auténtica doctrina, aunque algunos digan otras cosas! El Anticristo querrá relativizar y reinterpretar la enseñanza del Evangelio. Para ello, encontrará colaboradores dispuestos en la Iglesia... Puede que inicialmente apenas se vea y se perciba el daño que causan las falsas doctrinas, pero su veneno penetrará cada vez más en el cuerpo de Cristo.

Por eso, la advertencia que hoy nos hace el Apóstol es de gran importancia: si permanecemos en la doctrina de Cristo, poseemos al Padre y al Hijo y vivimos en la verdad.